

# EL COMERCIO

**C**uántos son hoy los negocios filatélicos en todo el mundo? Basándonos en las noticias más puestas al día podremos contar por lo menos unos veinte o treinta mil. Pero esta cifra, aún imponente y no deducible de ningún anuario general de los comerciantes autorizados, es infinitamente inferior a la que se obtendría si pudiésemos sumar a todos los individuos que se ocupan, no ocasionalmente, de la compra-venta de sellos hasta en los más pequeños centros habitados y en los más modestos círculos, asociaciones y clubes filatélicos.

Por eso no andaremos equivocados si afirmamos que hoy, de cada cien filatelistas, por lo menos veinte se dedican también a la actividad comercial y que sólo dos, o quizás tres de cada quinientos, ejercitan la compraventa de sellos con regular licencia de comercio.

Y si a pesar de los ordenamientos jurídicos en vigor, los vendedores autorizados son, como ya hemos visto, una minoría respecto a la inmensa mayoría de los llamados «privados» o, como dicen los negociantes, «abusivos», es porque la naturaleza misma de los bienes objeto de la susodicha actividad y la instintiva tendencia del coleccionista al cambio y al «tráfico» de los sellos les empuja, con el transcurso de los años, a asumir respecto a otros coleccionistas menos expertos la posición mantenida durante tantos años por el negociante o negociantes donde ellos efectuaron sus primeras adquisiciones.

A esta especie de ambicionada promoción, a la que muchos coleccionistas aspiran, se añade en algunos la necesidad de redondear sus propios ingresos o de gravar menos su balance familiar con sus propios gastos filatélicos.

Sin embargo, se consideren como se quieran considerar a las distintas categorías de vendedores de sellos, lo cierto es que su número es actualmente muy superior a las necesidades del mercado, no siendo fácil establecer si la mayor fuerza de penetración de la filatelia, que se deriva de la actividad de tantos vendedores, viene acompañada o no por el debido prestigio y respecto hacia el sello.

Concretamente en Italia los negociantes autorizados han pasado en los últimos años de un par de centenares a más de un

CIRCOLARE N. 48 25 Ottobre 1945

## Borsa Filatelica Nazionale

C.so V. EMANUELE, 22 MILANO TELEFONO 76.877  
BOLLETTINO DI INFORMAZIONI

### COMUNICAZIONI AI SOCI E FREQUENTATORI

*Miei cari amici,*

mi pare giusto e doveroso, nel momento della mia elezione a Presidente della B. F. N., porvi giungere il mio ringraziamento più vivo per la fiducia che avete nella persona in me. Dopo numerosi di grandissimo, mi è stato di vero conforto trovarvi in tal modo spensierati e a disposizione comprensiva. Per me ritenere che da una modesta opera mi sia stato adoperato da tutti voi, ha un particolare interesse, non desidero ritardare nel alcuni mesi l'attività della Borsa che con grande dispendio, senza il vostro di spirito e generosità, mi sono stati cardinalmente a fianco nelle giornate in cui i milioni e che della nostra associazione più nella doverosa sussistenza. Penso che tutti noi dobbiamo essere gratificati per il fatto, all'ultimo che si è avvertito la carica di Comissario Straordinario, perennemente con il rispetto e l'attenzione. In una persona di cui sono ben certo, il suo spirito calmo ed equivo, l'esperienza di cui gode nel mondo filatelico nazionale ed internazionale, forza morale e disposizione, ed a servizio della nostra causa. Non dimentico mai disavvenire a certo che i Soci tutti saranno lieti, in occasione della prima nostra Assemblea di settembre prima nella sede del ristorante nazionale del Soc. Benvenuti. E ricordo, come, lo cui oggetto è la cui commissione di nostro legale valore ed attività a servizio dei soci, e per il fatto che il 25 ottobre 1945, a Milano, via, Piazza, via, Tiberto che in ogni occasione furono presso a ricevere il consiglio e l'appoggio più spontaneo ed attivo del nostro bene diritto e della nostra libertà ed indipendenza. E tutti giungo il ringraziamento più cordiale ed affettuoso.

\* \* \*

Dopo cinque anni di gestione straordinaria, riprendiamo ora la nostra vita normale. Molto vi è da fare: cerchiamo che si faccia, e il lavoro bene, nel mio ed esclusiva interesse della collettività. Le basi della Borsa sono la Borsa paragonata, i criteri conformemente al quali è stata una immutata, ed anche in un regime di cambiare alcuni del momento che il servizio è costituito in una Commissione più la più numerosa, apparsa e frequentata di tutti. Un po' che la nostra Borsa è nata, due anni fa come, quando non si sapeva se non buona ventura si avrebbe continuato di rimandare ancora una volta, e una mancanza prendere ad una situazione che abbia per programma la utilità della Borsa stessa. Inoltre, sembra opportuno che alcune iniziative abbiano, attraverso la nostra Associazione, il loro naturale sviluppo. Mi pare però che come nel senso del Verbo della nostra Direzione.

\* \* \*

La Borsa, nel periodo di gestione straordinaria è stata d'ispirazione per tutti al di fuori e al di sopra di qualsiasi considerazione e di prestigio. Qualcosa che non hanno ragione d'essere ed è da deplorare che non sono. Il tempo ed il lavoro si disperdono in modo che ancora giungo nel nostro ciclo. La nostra Associazione, come per il passato, si adopera per affrettare il momento in cui il lavoro nostro è riprendere.

*Miei cari amici,*

sentimentalmente alle mie attività ed ho desiderato unirmi a lungo. Perdonatemi ed accettate ancora il mio ringraziamento.

Alessandro E. Fiorini

### ELEZIONI DELLE CARICHE SOCIALI

#### Verbale di proclamazione

Il giorno 25 ottobre 1945 alle ore 16,30, nei locali della Borsa Filatelica Nazionale in Corso Vittorio Emanuele 22, si sono riuniti i Segretari designati dall'Assemblea generale del 14 ottobre 1945, per lo scatto e svolgimento delle elezioni, nelle persone dei signori Rag. Tiberto, Rag. Borella, Mario Pizzoli, per procedere alla proclamazione degli eletti alle cariche sociali.

1. Uno de los primeros boletines impresos que la Bolsa Filatélica Nacional de Milán comenzó a publicar en el año 1945, para comunicar informaciones de interés general a sus socios y a los frequentadores del importante organismo lombardo, que representa desde hace muchos años el soporte de la actividad del coleccionismo y del comercio de los sellos.

millar. Cerca del sesenta por ciento de estos negociantes se reúnen en la Federación Nacional de Comerciantes Filatélicos, con sede en Roma. Del diez al quince por ciento en la Asociación con sede en Milán. El resto no está agrupado en ninguna entidad de categoría. Las mayores firmas italianas —unas veinte— cuentan con nombres de indudable notoriedad como Bolaffi, Brioni, Oliva, Mondolfo, Raybaudi, Savarese, etc.

La actual situación del comercio filatélico mundial impone a las firmas más sólidas, antiguas o menos antiguas, controlar continuamente sus relaciones con la clientela y ganarse la confianza y la simpatía de los coleccionistas con la apertura de confortables y lujosos negocios y con la potenciación y ampliación de sus organizaciones de venta por medio de una inteligente publicidad, efectuada por los sistemas más modernos.

No menos importante es también la actividad que algunas firmas desarrollan publicando importantes catálogos ilustrados (en blanco y negro y en colores) de ventas sobre oferta, con los que llegan periódicamente a ponerse en contacto con un notable número de coleccionistas del área nacional y extranjera.

Otras grandes organizaciones comerciales se dedican preferentemente a las subastas filatélicas.

La actividad de tales ventas, reanudada después de la pausa, de la segunda guerra mundial en todos los países del mundo, alcanzó en Italia sobre el año 1964 cifras jamás rozadas anteriormente, pero sufre después un general aminoramiento que se corresponde con el boom económico de los sellos modernos, que como se sabe, llega a la cumbre en 1964 y 1965 en casi todos los mercados europeos y asalta por reflejo también los mercados americanos.

El retorno de las masas al coleccionismo tradicional y a los sellos clásicos y semi-modernos, que se verificó en los años siguientes, ha dado nuevo impulso a las ventas públicas que hoy constituyen sin duda el más importante movimiento comercial de la filatelia.

Mientras las mayores organizaciones comerciales no tienen, como se ha visto, grandes dificultades para satisfacer la demanda, de un coleccionista de alto nivel, o por lo menos bastante avanzado, la tarea se

presenta un poco más difícil, por un complejo de causas que veremos inmediatamente, para los negocios menores y no digamos para ese pequeño comerciante al por menor.

La enorme variedad de la demanda impone ante todo surtidos más bien amplios, no siempre realizables con capitales limitados y no siempre convenientes en comparación con el limitado flujo global de las ventas. Por consiguiente muchos pequeños comerciantes, provistos exclusivamente de material moderno, tienden naturalmente a disuadir a los clientes de las adquisiciones de sellos menos recientes, impidiendo así la espontánea orientación del coleccionismo de masa.

Por otra parte la inserción entre los pequeños comerciantes, de un notable número de vendedores no debidamente preparados y por lo tanto, no avezados en las cautelas que el comercio filatélico impone, ha introducido en la actividad sistemas de competencia y políticas de venta y de adquisición contraproducentes, y por lo mismo contrarios al desarrollo de los negocios. Finalmente, diremos que la inflación de las nuevas emisiones contribuye a hacer todavía más compleja y difícil la actividad de los pequeños y medios vendedores. Esta inflación, en continuo aumento desde hace más de quince años, compromete fuertemente los recursos de los coleccionistas y los capitales comerciales, absorbiendo casi integralmente la capacidad de gasto de los filatelistas de masa, impidiendo tanto a los coleccionistas como a los negociantes la ampliación de colecciones y de stock de negocio, echando a perder además esa revalorización del sello que siempre se ha considerado como una legítima esperanza de cualquier amante de la filatelia.

Una idea del impresionante ritmo que las administraciones postales de todo el mundo han imprimido a las emisiones de sellos nos lo da una estadística aparecida en la revista argentina «El Mundo Filatélico». Por datos extraídos de esta publicación sabemos que desde 1840 hasta 1942, en poco más de cien años, fueron emitidos en todo el mundo 81.141 sellos, mientras que desde 1943 hasta 1966, o sea, en sólo veinticuatro años, fueron emitidos 74.800. Si consideramos, además, que cada año se producen hoy no menos de ocho mil

nuevos ejemplares, podremos asegurar que dentro de poco, de no intervenir una política que discipline las emisiones, tendremos que el coleccionista que quiera reunir todos los sellos aparecidos en los últimos treinta años deberá adquirir más de 130.000 sellos.

El fenómeno de la «industria del sello» no debe inducirnos a pensar que todas las emisiones modernas deban considerarse como inflacionistas y por lo tanto, privadas de un efectivo valor comercial y de una posible revalorización con el tiempo.

En efecto, contra la insensata actividad de algunas administraciones postales que no se abstienen de emitir series de sellos y hojitas (no dentadas o en tirada limitada) que se distribuyen al precio de quinientas o mil pesetas cada una, está la inteligente política filatélica llevada a cabo por Gran Bretaña, que entre 1963 y 1969, con dosificadas emisiones de nuevos sellos, ha visto subir la venta a los coleccionistas de las 100.000 libras esterlinas de 1963-64 a los 2.588.000, con la previsión de ulteriores sensibles incrementos.

En 1968 hemos tenido 2.074 emisiones por parte de 208 administraciones postales.

Esta cifra se ha formado con la contribución de 34 países europeos, 101 países de las Comunidades francesas e inglesas y 75 países de Ultramar.

Los más prolíficos han sido los países europeos con una media anual de 16 emisiones cada uno. Les siguen los países de las comunidades francesas e inglesas, con 10 emisiones y finalmente los de Ultramar con 7 emisiones. Pero si consideramos lo que estos nuevos sellos han costado a los coleccionistas, el primero y el segundo puesto lo ocupan los países de Ultramar y los de las comunidades francesas e inglesas, ocupando el tercer lugar los estados europeos, que para vergüenza del exceso de emisiones demuestran ejercer una política filatélica más ortodoxa y menos perjudicial para el mercado.

A medida que el comercio filatélico se va emancipando de la unión con las otras actividades a las que inicialmente se había unido y asume así vida autónoma, los comerciantes de sellos advierten la oportunidad de hacer más estrechos los contactos entre sí para estar puestos al día sobre los precios que se practican en los distintos mercados. De tales encuentros, y de los

contratos que durante ellos se verifican, surgen las cotizaciones de mercado que al igual de lo que sucede en la Bolsa de valores, se convierten en índices acreditados sobre los que se regulan las transacciones en el ámbito del territorio nacional.

Surgen así las primeras reuniones comerciales y las primeras Bolsas filatélicas, reservadas obviamente a los negociantes y a los que como tales ejercían sus actividades en el mercado. Estas iniciativas se van multiplicando y pronto, en los mayores centros filatélicos del mundo, se instituyeron varias Bolsas permanentes, mientras otras periódicas y ocasionales tienen lugar, como sucede también hoy, coincidiendo con importantes manifestaciones filatélicas, muestras y exposiciones internacionales.

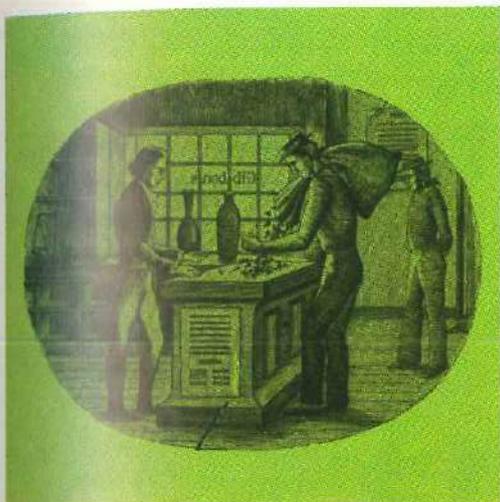
Las Bolsas permanentes, disciplinadas por especiales estatutos y reglamentos, y funcionando en el ámbito de socios inscriptos, son además administradas por un comité directivo y controladas por una comisión interna de vigilancia para la observación de las normas establecidas.

En Italia, la Bolsa Filatélica Nacional con sede en Milán fue constituida en 1943. Su creación se hizo indispensable como única posibilidad de encuentro y de negocios entre los comerciantes, durante el triste y difícil período de la guerra, cuando muchísimos coleccionistas habían abandonado los grandes centros como consecuencia del desperdigamiento general o habían sido llamados al servicio militar y numerosos negocios filatélicos habían sido cerrados o destruidos por los bombardeos. La Bolsa italiana nació por iniciativa de un apasionado filatelista, Arturo E. Fiecchi y de un grupo de comerciantes que por aquellos años habían comenzado al reunirse privadamente en los hoteles de Venecia, Roma, Florencia y Bolonia casi todos los meses y que después eligieron Milán como sede permanente de sus encuentros.

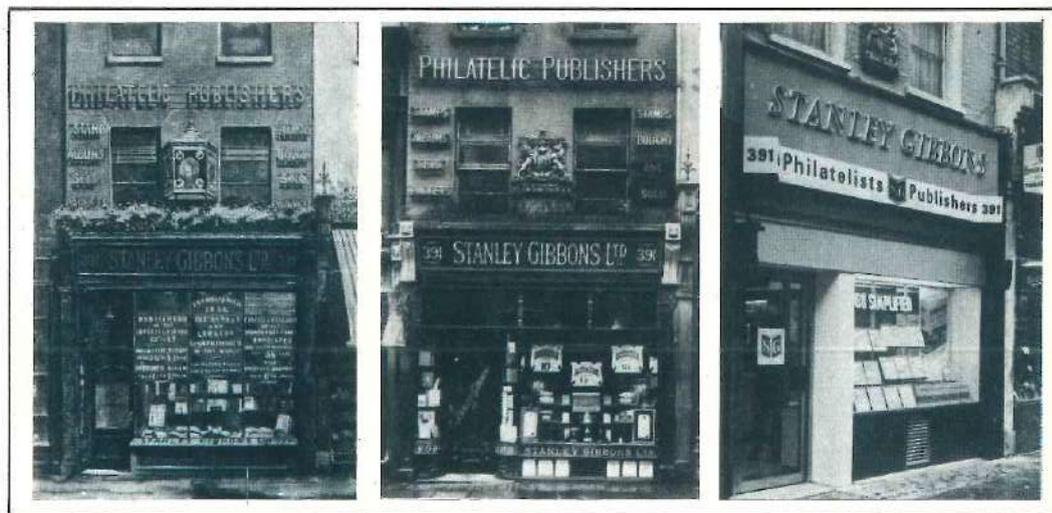
Su fundación oficial acaeció el 28 de octubre de 1943.

Como perdurase a causa de las vicisitudes bélicas el cierre de los negocios, en los primeros tiempos fueron admitidos también en las reuniones los coleccionistas. A continuación el acceso fue reservado exclusivamente a los socios ordinarios y frequentadores que revestían en su mayor parte la calificación de comerciantes.

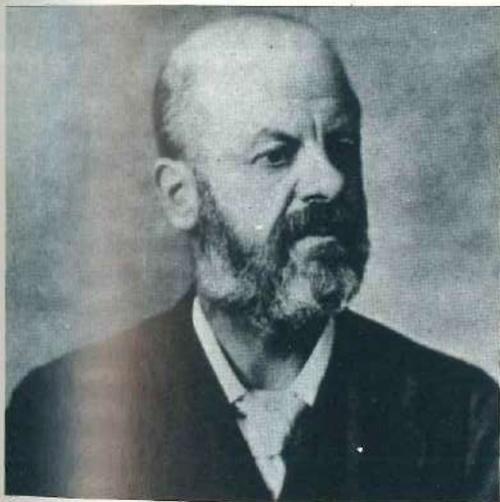
Paralelamente a la actividad de las Bolsas



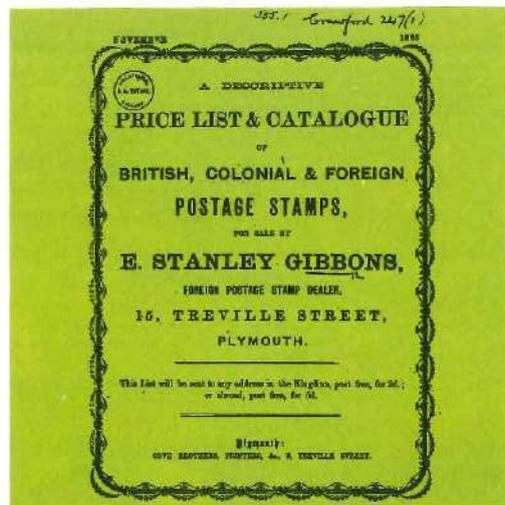
1



2



3



4

1. Los primeros pasos de una firma de resonancia mundial, la Stanley Gibbons. Edward comenzó su actividad comercial en la farmacia paterna de Plymouth.

2. Tres momentos de la Gibbons (1898-1928-1968) en la fachada de la antigua firma inglesa que tiene su sede en el número 391 del Strand de Londres.

3. Edward Stanley Gibbons, pionero del comercio filatélico mundial.

4. La portada del primer listin-catálogo publicado por Gibbons en 1865.

filatélicas permanentes y en coincidencia con las mayores manifestaciones de la filatelia, como muestras, exposiciones y congresos, comenzaron también esas especiales reuniones de negociantes que tomaron el nombre de convenios comerciales.

En Italia, a diferencia de lo que sucede en muchos otros países, en los que tales encuentros están reservados sólo a los operadores comerciales, todos los convenios prevén, al modo de especiales ferias, mercado del sello, una amplia afluencia de coleccionistas y de aficionados, a los que se les hace así posible efectuar negocios al detalle o al por mayor, a precios notablemente distintos de los que se practican en los negocios.

El período del *boom* de los sellos ha

favorecido en todas partes la multiplicación de estos convenios, en los que se han registrado operaciones de negocios de gran magnitud. Sin embargo, hoy que el mercado ha vuelto a adoptar sus normales dimensiones, se lamenta en general la excesiva frecuencia de las antes citadas reuniones comerciales, tan numerosas, que no se concibe la más modesta manifestación filatélica de carácter local que no tenga su apéndice de convenio de negociantes.

Excepto para las nuevas emisiones, cuya venta se confía actualmente en la mayoría de los países del mundo a algunos mayoristas importadores, que cuidan la distribución a los negociantes al detalle con un tolerable margen de sobreprecio, no se puede decir que exista en el mercado

filatélico una auténtica organización del comercio al por mayor de los sellos menos recientes y de los más antiguos.

Por ejemplo, en Italia, cualquier comerciante, aunque sea modesto, puede desarrollar ocasionalmente la actividad de mayorista en caso de que llegue a tomar posesión de determinadas cantidades de material que excedan a sus normales necesidades, bien por adquisiciones efectuadas junto a otro negociante o bien por medio de compras a coleccionistas e inversores filatélicos.

La casi inexistencia de un auténtico comercio al por mayor, constante y bien diferenciado en sus agentes, no debe considerarse, sin embargo, como una deficiencia o una laguna del mercado filatélico.

La imposibilidad de repetir los sellos conmemorativos o celebrativos, que normalmente se estampan en única y definitiva tirada, y la decreciente disponibilidad de ellos en relación con los incrementos de la demanda, descartaban en el pasado la posibilidad de reservas bien determinadas y conocidas, e impedían, aunque dichas reservas llegasen a efectuarse, su continua reproducción, como se puede verificar en otro tipo de bienes, que se reproducen a medida que los remanentes se agotan.

No puede considerarse comercio al por mayor la actividad que algunos filatelistas, comprendidos algunos negociantes, desarrollan con la adquisición de grandes partidas de sellos en el mercado y con la reventa de los mismos en bloques más limitados, ya que tales operaciones tienden al despedazamiento y liquidación, siempre en lotes, del material mismo, más que a una auténtica actividad de suministro de determinadas partidas en relación con las peticiones de los detallistas.

Podría, en cambio, considerarse actividad de mayorista a la operación muy difundida entre los inversores filatélicos —pero que justamente por su difusión, los auténticos negociantes la dejan a estos últimos— que consiste en la adquisición de notables cantidades de sellos de cada nueva emisión y en su almacenamiento durante cierto período de tiempo, hasta el momento en que, rarificadas las primeras provisiones, se hace necesario su gradual introducción en el mercado. Pero tampoco en este caso se puede hablar de mayoristas distribuidores en el sentido técnico de la palabra, si no de inversores que ofrecen parte de sus reservas a cualquier negociante que esté dispuesto a adquirirlas, originando así ese comercio ocasional de cantidades del que ya se habló precedentemente.

Hay que añadir, además, que las actuales tiradas de las nuevas emisiones sólo dejan hoy un margen incierto para tales operaciones y que por lo tanto, no se revelan convenientes si no se acompañan de artificiosas maniobras especulativas, de las que hablaremos a continuación.

Una cierta organización del comercio al por mayor la encontramos, en cambio, en el campo de los sellos usados, dispuestos en macitos, y en las firmas especializadas en la venta de sellos al peso. En casi todos los

países, los sellos usados en macitos de cien dan lugar a un florido comercio de cantidades que se despachan en partidas a los fabricantes de composiciones en sobres, o en cartulinas, para muchachos y principiantes, absorbidas por las papelerías, quioscos, etcétera, y en parte a los mismos negociantes para abastecimiento de *stocks*.

La recuperación de estos sellos sucede preferentemente por medio de particulares que adquieren o se procuran recortes de correspondencia a un precio moderado. Ellos proceden después al lavado de los ejemplares y frecuentemente a su blanqueamiento cuando los mismos están aplicados sobre papel amarillo-anaranjado, además de efectuar finalmente su selección y su reunión en macitos.

Los mayoristas —y este es el caso apropiado para el término— adquieren a su vez los macitos y revenden después el material, parte exportándolo al extranjero y parte en el territorio nacional a los fabricantes de composiciones que antes se han citado.

Muy distinta de la categoría de los negociantes auténticos, de los que ya hemos tratado, es de considerar la bastante más numerosa de los revendedores al por menor, en la que están comprendidos los que venden sellos comunes, nuevos o usados, como mercancías afines a la que normalmente comercian.

Esta categoría de revendedores satisface a la clientela más popular y por lo tanto, más amplia de jóvenes, principiantes, turistas, etc. En resumidas cuentas, de filatelistas que no tienen particulares exigencias y que no están, en general, vinculados a un auténtico programa coleccionístico.

Entre tales revendedores están comprendidos en primer lugar los papeleros, que ya desde los orígenes del comercio filatélico han sido los primeros en considerar la afinidad entre los sellos y los otros artículos por ellos tratados y, por tanto, también los primeros en acogerlos entre las existencias de su negocio.

Les siguen los centros comerciales y los bazares de tipo vario, además de los estancos y de las reventas de tabacos y de artículos de monopolio.

Son menos frecuentes cada vez las librerías que ofrecen también en venta sellos para colección y, en cambio, son más numerosos los quioscos de periódicos que venden composiciones sobre cartulinas y

en sobrecitos. En época bastante reciente los sellos han aparecido también en los grandes almacenes o en los supermercados, y se vislumbran ya en casi todos los vestíbulos de los grandes y pequeños hoteles.

Estos revendedores al por menor constituyen en su complejo una red bastante densa de distribución, tanto de los sellos nuevos de bajo precio como de los usados, en composiciones de 50, 100, 250, 500 y hasta 2.000 diferentes. En realidad constituyen como millares de patrullas avanzadas del comercio filatélico, son el aparato publicitario y propagandístico más imponente y capilar de la filatelia. Propaganda que penetra entre las masas justamente a través de las ventas al por menor de la pequeña papelería cercana a las escuelas y que parte del escaparate del estanco y del quiosco de los periódicos para crear nuevos prosélitos del sello, de los cuales muchos se acercarán más tarde a la colección más comprometida.

Son innumerables las firmas que hoy fabrican material filatélico desde el más lujoso al más económico y comercial, ya que los filatelistas más exigentes no regatean gastos para presentar en digno marco sus colecciones y asegurarse lo más posible su mejor conservación contra las insidias del tiempo, los agentes atmosféricos y otros riesgos.

Incluso cuando el reunir sellos era sólo un «extraño» hobby y el filatelista era considerado un individuo por lo menos estrambótico, muchos estaban ya convencidos de que no tiraban el dinero y de que los pedacitos de papel, por ellos tan ambicionados, serían requeridos cada vez más por otros coleccionistas. Ya desde los albores de la filatelia se pensaba, pues, que los sellos podían ser comerciados y fácilmente cambiados por dinero. Esta particular aptitud del sello para no sufrir la devaluación que alcanza a la mayoría de los otros bienes después de adquiridos, y que lo diferencia de la casi totalidad de los artículos de consumo, ha generado naturalmente el concepto de que la compra de los sellos si no es un gasto indispensable, no constituye tampoco un gasto nulo o a fondo perdido, ni tampoco sólo un gasto, si no una operación mediante la cual se puede conservar una parte de riqueza y ejercitarla, o sea, un ahorro.



Analizando, pues, las causas de este privilegio del sello en relación con otros bienes, se verifica que es conyuntural a dos factores esenciales de revalorización en el tiempo. Una cantidad y disponibilidad determinada en el origen y una demanda creciente, bien sea para uso postal como para uso filatélico. Demanda que a medida que se reducen los remesas, genera la revalorización de los ejemplares disponibles que a su vez se troca en conservación e incrementación del precio.

Echando una mirada a los catálogos filatélicos de distintas épocas, se advierte que casi todos los sellos, independientemente de los fenómenos de devaluación de la moneda, han sufrido en el curso de los años continuos incrementos de cotización, capaces de asegurar a los poseedores, en el caso de reventa, no sólo la recuperación del dinero gastado en su día, sino también un respetable interés sobre la suma invertida.

Con esta premisa es evidente que la mayor parte de los coleccionistas, al lado de los efectos prioritarios de la colección y de los distintos objetivos filatélicos que con ella se proponen, alcanzan sin quererlo incluso un apreciable y determinado objetivo económico que se concretiza casi siempre en un ahorro a veces infructuoso y a veces fructífero.

Un coleccionista que adquirió hace veinte años un determinado sello nacional o extranjero, pagándolo al precio entonces vigente y que en el peor de los casos podrá pues entrar en posesión de todo o

de parte de su dinero, habrá concretado con las dos operaciones de adquisición y de venta un ahorro infructuoso.

Si, por el contrario, la suma se obtiene con la venta del ejemplar es tan elevada que le compense la reducción de poder adquisitivo de la moneda o que incluso le suponga un buen interés sobre el dinero desembolsado hace veinte años, ese coleccionista habrá efectuado ciertamente un ahorro fructífero.

Obviamente el ahorro a través de los sellos no puede ser preferido en general a otras formas más usuales o comunes. Pero presupone siempre un cierto interés por el coleccionismo filatélico por parte de los aficionados o simpatizantes del sello, constituyendo para ellos una especie de ulterior ventaja que se añade a las distintas satisfacciones derivadas de la filatelia y que difícilmente otro tipo de distracción y de ocupación del tiempo libre puede ofrecer.

Esta ventaja o fin económico, sin embargo, influye de diverso modo sobre los programas de los filatelistas discriminando a éstos en distintos grupos o categorías, según que ella constituya sólo un objetivo eventual o secundario de la colección o un objetivo necesariamente conexo o, finalmente, un motivo preeminente o determinante de la actividad filatélica.

Entre los filatelistas del primer grupo están incluidos sin duda los aficionados, o sea, esos coleccionistas que adquieren sellos por el placer de formar colecciones y tenerlas en la biblioteca o en una caja fuerte durante toda la vida. No ignoran

1. *Commonwealth*: con este término se pretende comunmente definir un conjunto de Estados y de colonias británicas, ligadas por antiguas relaciones históricas y económicas. En el siglo veinte, la Commonwealth ha caminado progresivamente al socaire de sensibles transformaciones en su originario sistema colonial. El nacimiento del Dominio del Canadá, por medio de la unión de varias colonias inglesas de Norteamérica, la evolución de la Confederación Australiana, la creación del Estado de Nueva Zelanda, la autonomía de Irlanda (Eire), claramente diferenciada de la Irlanda del Norte, y la formación de la Unión Sudafricana han sido los primeros ejemplos de una natural transformación que se fue acentuando progresivamente en los años sesenta. Hoy, a la comunidad de las naciones británicas, o sea, el *Brithis Commonwealth of Nations*, se han añadido —entre otras— la Unión de la India, el Pakistán, Singapur, Gambia, Kenia, Malawi, Nigeria, Sierra Leona, Tanzania, Uganda, Zambia, Jamaica, Malta, Barbados, Lesotho, Guayana, Botswana, Trinidad y Tobago, Mauricius, Swaciland y Nauri, por citar las antiguas posesiones más famosas. La colección de los sellos de la Commonwealth es de las más interesantes en sentido absoluto. A través de algunos sellos he aquí una síntesis que testimonia el pasado y el presente de la comunidad británica.

que el material que poco a poco han reunido presenta también un determinado valor económico y que revendiéndolo podrán rehacerse del dinero, del tiempo y del trabajo que les ha costado, pero el interés y el apego a la colección les vuelve casi siempre incapaces, durante todo el espacio de tiempo de su actividad coleccionística, para deshacerse de su colección sea cual fuere el precio que se les ofrezca.

El sello tiene, pues, para éstos un esencial valor filatélico, histórico, artístico y documental que trasciende su equivalente económico. Tiene un valor efectivo que se desprende de los sacrificios realizados para buscarlo y adquirirlo y de las satisfacciones que el coleccionista ha experimentado al exhibirlo a terceros, bien en privado, bien en público. Y finalmente tiene un valor como componente de la organización ideal y de hecho de la colección que normalmente expresa, incluso, la exacta personalidad de su autor.

Todos estos son valores que no pueden ser fácilmente traducidos en términos de moneda y que justifican, por una parte, la resistencia del coleccionista aficionado a enajenar un sello o una carta cualquiera que sea el precio que se le ofrece, y por otra la facilidad con la que él mismo se dispone a pagar precios de importancia para convertirse en propietario de cualquier pieza que considera indispensable para hacer más interesante y preciosa su colección.

La función del sello como medio de ahorro, aún no ignorada ni subestimada por estos coleccionistas, permanece, como se ha dicho, como un efecto eventual y secundario de su actividad y tiene mínima o limitada importancia en sus programas y objetivos. Tal función puede sólo excepcionalmente convertirse en una motivación complementaria en las adquisiciones más costosas o manifestarse, al cesar la actividad coleccionística, como una posibilidad de parcial o integral reembolso de los gastos sostenidos durante los largos años dedicados a la constitución de la colección.

Bien distinto es el punto de partida de los filatelistas que comúnmente se definen como coleccionistas-ahorradores, y que constituyen el mayor número de los adquirentes de sellos.

La función de los bienes filatélicos como medio de ahorro es, para éstos, mucho más

relevante e importante, ya que se adjunta más sólidamente a los otros objetivos de la colección. Diferencia notablemente el comportamiento de los coleccionistas-ahorradores, tanto en la elección de material como en la preferencia hacia determinados sectores coleccionísticos.

El filatelista que conjuntamente a los objetivos de la colección se propone también un preciso objetivo de ahorro, tiene efectivamente presente de manera continua la eventualidad del tener que deshacerse de la colección. Se esfuerza, pues, de modos diversos en conservarle la máxima comerciabilidad y de reducir al mínimo las pérdidas que podrá sufrir con la concesión de oportunos descuentos sobre el precio al futuro comprador.

Por este motivo la mayoría de los coleccionistas-ahorradores se orientan con preferencia a la colección nacional o del área nacional, como por ejemplo en el caso de los italianos por las emisiones de la República, del Vaticano, y de San Marino; los franceses por la colección de Francia, Mónaco y colonias, los ingleses por la de Gran Bretaña y territorios de la Commonwealth, y así sucesivamente.

Otros ahorradores, como se comprueba frecuentemente, encuentran, en cambio, más conveniente la colección de los sellos menos recientes, como por ejemplo los italianos del Reino y de las colonias, o las emisiones de antes de la guerra del Vaticano y de San Marino, que, aun siendo requeridas por un menor número de coleccionistas, presentan una disponibilidad en el mercado mucho más rarificada y limitada.

Siempre tendiendo hacia el objetivo de poder revender un día fácilmente la colección, los coleccionistas-ahorradores se ven angustiados por la calidad del material que van comprando. El repudio de los sellos nuevos con leves huellas de filtro, el meticoloso examen de la goma, del centrado, de la autenticidad y de la ligereza del matasellos en el caso de los «usados», el rechazo de ejemplares con insignificantes y, a veces, con inexistentes defectos de dentado, son preocupaciones que no tendrían motivo de ser si el coleccionista no previese, en el momento de la adquisición, el riguroso control que a su vez ejercerá sobre los mismos sellos el negociante o el particular al que los ofrecerá en venta en el futuro.

El espejismo económico se vuelve finalmente aún más sensible y claramente determinante en la actividad de los filatelistas que se proponen alcanzar a través de los sellos un preciso efecto de lucro y de inversión de capital.

En el decenio comprendido entre el año 1956 y 1965, en efecto, el excepcional incremento de la demanda causado por la mayor disponibilidad de tiempo libre y por la cada vez más acentuada función del sello como bien de refugio del capital contra la incertidumbre de las distintas conjunturas económicas, ha acelerado fuertemente la marcha del mercado filatélico provocando frecuentes y notables aumentos de precio entre los sellos de la mayor parte de los países del mundo. La frecuencia y la medida de las alzas han sido de tal magnitud que llegó a interesar no sólo a los filatelistas, sino a muchísimas personas que jamás se habían interesado por la filatelia, animándoles a adquirir cantidades de distintas emisiones con el fin de retenerlas durante determinado tiempo, hasta que, una vez producidos los posteriores aumentos de precio, pudiesen ser vendidas con rápido y notable margen de ganancia.

Apareció así en el escenario de la filatelia el inversor a breve y a medio plazo.

Combatido desde el principio por los aficionados del coleccionismo tradicional que veían, en estos recién llegados agentes económicos, a los demoleedores de los valores éticos y filatélicos de la colección, el inversor de los años sesenta consiguió asombrosos éxitos.

Tales éxitos arrastraron a la estela de los inversores también a los coleccionistas-ahorradores y a muchas otras personas que en su vida no habían visto más sellos que los que utilizaban para franquear su correspondencia.

La pronta reacción de los precios a la excepcional dilatación de la demanda convalidó los resultados conseguidos por los primeros agentes y, muy pronto, auténticas masas de compradores se volcaron sobre los negocios filatélicos y, más aún, sobre las ventanillas de las administraciones postales para adquirir las nuevas emisiones en su origen y en cantidades cada vez mayores.

Los precios siguieron subiendo y se produjo así el *boom* de los inversores filatélicos.

Los correos de los distintos países del



1. Como para las emisiones estadounidenses también para las de la URSS (aquí tenemos la serie del año 1967, que conmemora el cincuenta aniversario de la revolución) sería inútil cualquier tentativa de especulación, dadas las astronómicas tiradas.

mundo adecuaron las tiradas a la crecida demanda, llevándolas hasta límites jamás alcanzados con anterioridad, y los compradores multiplicaron sus adquisiciones. Pero nadie se dio cuenta de que las enormes reservas de sellos así constituidas tendrían que sestar, junto a los inversionistas, más de diez años para ser gradualmente y sin conmoción reabsorbidas por un mercado compuesto sólo por coleccionistas.

Y como es natural, apenas la demanda de estos comerciantes alcanzó el límite de la saturación, casi todos simultáneamente decidieron vender. El mercado se vio así invadido por una verdadera avalancha de material y los precios descendieron amdrantadoramente. Ya hemos visto, cuando hablamos del ahorro filatélico, que el coleccionista-ahorrador usa en sus adquisiciones de mayores cautelas que el coleccionista aficionado, teniendo bien en cuenta las dificultades que un día podrá encontrar en la venta de sus sellos. Cautelas, aún más serias en relación con el exclusivo objetivo económico que se propone, debe por lo tanto adoptar el que se orienta hacia la inversión filatélica.

Los resultados negativos que después del *boom* han tenido algunas operaciones del tipo en comparación con otras que, conducidas de distinta manera, han reservado notables éxitos a los comerciantes demuestran claramente que la actividad y la función del inversor no están al alcance de todos y que torpemente conducidas concluyen en perjuicio de quien las realiza y del mercado.

Algunos niegan al sello para colección los requisitos gananciales, para atribuirle la calidad de bien objeto de inversión ya que aunque se le quisiese parangonar a un título industrial, o a las acciones, faltaría una base patrimonial que en estos últimos está constituida por las instalaciones y por el patrimonio inmobiliario de una hacienda. A espaldas del sello —afirman algunos agentes financieros— no hay nada, y por lo tanto, no se puede hablar de inversión sobre nada.

Otros, en cambio, sostienen que los sellos, al igual que los muebles de un anticuario y que determinadas categorías de obras de arte y de ingenio, están sujetos a una bien determinada demanda por parte de los coleccionistas, con cotizaciones de máxima universalmente reconocidas y

aceptadas sobre las cuales el transcurso del tiempo, conjuntamente con las dispersiones y destrucciones de ejemplares, producen constantes incrementos. Y si a todo esto se añade la eficacia del valor nominal de los ejemplares nuevos con validez ilimitada, cuyo equivalente en moneda se puede siempre realizar por medio del franqueo postal, no se puede negar al sello una base económica real que le hace susceptible de operaciones de empleo de capital.

No es este el caso de adentrarnos en más profundas argumentaciones técnico-financieras porque la idoneidad de los valores postales para inversiones no dirigidas a la producción de otros bienes, pero igualmente remunerativas, es bien conocida. En efecto, basta considerar que casi todos los sellos italianos, con un valor nominal de 20 liras de hace unos veinte años, presentan hoy un precio en el mercado que oscila de las 300 a las 1.500 liras, para deducir que un capital de 10.000 liras empleado en 1949 en la adquisición de tales ejemplares, supone hoy, en caso de venta, una diferencia activa de cerca de 450.000 liras.

Y aun admitiendo que una parte de esta cifra compense la disminución de poder adquisitivo de la moneda, en los veinte años a que nos referimos, resta siempre en consideración un ganancial neto elevadísimo, equivalente a muchos múltiplos del capital empleado en la operación. Por lo demás, para demostrar la idoneidad de los sellos para la inversión, está el hecho de que cerca del 15 por ciento de los poseedores de títulos y acciones afectúa hoy la adquisición de bienes filatélicos.

La inversión autónoma, así definida por la máxima autonomía del inversor por sí mismo, formula su plan de empleo del capital y que por sí mismo elige los sellos que prefiere, los adquiere, los conserva y, finalmente, los vuelve a vender, presupone —contrariamente a lo que se cree— un profundo conocimiento del mercado y un continuo control de su marcha sobre estas bases fundamentales:

a) La elección entre las emisiones de un determinado sector o de varios sectores, de aquellos que por motivos de su escasa facilidad de hallazgo, por su conveniente nivel de precio, por su demanda casi constante y por su intrínseco valor (confirmado por una regular y continua

comerciabilidad) producen mayor confianza para ulteriores incrementos de cotización.

b) Una continua vigilancia de los precios de mercado, a fin de aprovechar en el curso de las adquisiciones las condiciones más favorables.

c) Buenas relaciones con el ambiente comercial dentro del cual tendrá que efectuar en el futuro las operaciones de desinversión.

d) Una gradual realización o venta de los ejemplares, a fin de no turbar el mercado con la simultánea introducción de notables cantidades en el circuito comercial.

La inversión autónoma también se puede efectuar sobre una sola emisión, como hoy por ejemplo, se realiza con los sellos de correo ordinario de la serie Italia República 1945-48 llamada «Democrática», o con los conmemorativos de la Sta. Catalina 1948, o con los de la República Romana 1949, etc., pero la mayor parte de los inversores prefieren una pluralidad de emisiones para tener la posibilidad de compensar, con las alzas de algunas de ellas, las eventuales bajas de cotización que se pueden verificar en otras.

Algunos inversionistas se han orientado recientemente hacia el material clásico o hacia las primeras emisiones de los diferentes Estados del mundo.

Los inversionistas menos expertos del mercado y de las diversas dificultades que se encuentran tanto en la adquisición como en la reventa de los sellos, prefieren, en cambio, las distintas formas de inversión por medio de contrato actualmente en uso en casi todos los países.

La inversión por contrato es una auténtica operación financiera en la cual la adquisición de sellos es el medio de asegurar una ganancia-interés anual al inversionista y la utilización del capital de este último por parte de la organización comercial que cede los sellos y se compromete a volverlos a comprar.

Las fórmulas más al uso garantizan: a) la readquisición de los sellos objeto de la inversión (la garantía está avalada en algunos casos por la notoria solvencia y por la notable eficacia de la firma, por su patrimonio inmobiliario o mobiliario, y en determinadas ocasiones también por la póliza fiduciaria de una compañía de seguros); b) la retribución de una ganancia-interés

que va desde un mínimo garantizado del 6 % hasta una ganancia auténtica de mayor medida en el caso de que, en el momento de efectuar la desinversión, los precios de mercado de los sellos objeto de la operación hayan aumentado sensiblemente.

Otras fórmulas prevén conjuntamente con los gananciales anuales fijados del 10, 12, o 15 %, especiales acuerdos, entre ellos el encargo conferido por el inversor a la firma con la que ha estipulado el contrato de inversión, de emplear los sellos por él adquiridos en ulteriores operaciones comerciales que la firma está autorizada a realizar. El inversor en estos casos participa de las pérdidas o ganancias derivadas de dichas operaciones.

Después de la flexión de los precios que sucedió al *boom* de los sellos modernos en los mayores países del mundo, tanto los inversores autónomos como los de contrato han sufrido una sensible contracción. Los primeros, por las desilusiones que sufrieron muchísimos inversionistas que habían orientado sus operaciones sobre los sectores más inflacionados y especulados. Los segundos, porque algunas firmas, oprimidas por la simultánea afluencia de agentes que restituían los sellos para recuperar el dinero, no han podido hacer frente a los compromisos en su tiempo adquiridos y se encontraron incapaces de volver a adquirir el material, que por otra parte se había devaluado considerablemente, en algunos casos hasta en la mitad de su precio.

No distinta suerte les ha tocado a los compradores de grandes cantidades de las nuevas emisiones que se encontraron, con el cese de la excepcional demanda de los inversores, en posesión de miles de sellos en hojas que el mercado no había podido absorber.

Mayor fortuna han tenido en cambio los inversionistas autónomos o por contrato efectuado con fecha anterior al año 1960 sobre emisiones menos recientes, como las de la inmediata postguerra, las series conmemorativas del ventenio 1920-1940 y todas las primeras emisiones, así como los clásicos de cada país.

Esto vuelve a sacar a luz la regla que garantiza el buen resultado de las inversiones filatélicas, si se observa el binomio de condiciones que corresponde a la larga duración de la inversión y al mérito efectivo del material objeto de la operación, y

que aclara definitivamente el equívoco en el que han caído muchísimos nuevos inversionistas sobre las emisiones modernas durante el pasado decenio, tomando la rarificación artificial de las disponibilidades de los sellos por la rareza o efectivo mérito comercial y confundiendo así la inversión con el juego de la Bolsa. Los que acusan a los inversionistas de la crisis en que ha caído el comercio filatélico después del año 1965 incurren, sin saberlo, en el mismo error. Los sellos, como ya se ha visto, se prestan ciertamente a todas las operaciones de inversión y de empleo de capital a largo plazo, pero se prestan también a arriesgados juegos de Bolsa y a las más atrevidas maniobras especulativas.

La estrecha conexión existente entre demanda y precio de los bienes limitadamente disponibles y no reproducibles, que convierte a los sellos en algo capaz de procurar, con o sin el propósito de quien los reúne, una ventaja económica, los pone también a merced de maniobras especulativas de las que, según el modo y la intensidad con que son conducidas, se pueden desprender daños o ventajas a la filatelia y al mercado filatélico.

La actual frecuencia de las emisiones conmemorativas y celebrativas por parte de todos los países del mundo es, por ejemplo, una forma evidente de especulación filatélica, porque a nadie escapa el fin económico y no sólo postal que las administraciones se proponen.

Sin embargo, en los casos en que tales frecuencias de emisiones se contengan en límites razonables como para no perjudicar los recursos económicos de los coleccionistas, no se puede negar que la mencionada acción especulativa desarrolla una notable función de propaganda de la filatelia y del coleccionismo filatélico.

Otro tanto se puede decir de algunas operaciones de Bolsa filatélica que constituyen un excelente tónico del mercado, si los que se dedican a ellas obran con agudeza y moderación.

La demanda de sellos para colecciones no puede tener un paso constante en todos los sectores coleccionistas, sino que varía con relación a una infinidad de causas que van desde las citadas modas o corrientes hasta los más complejos fenómenos económicos, rasativos e incluso políticos y sociales.

Nadie prohíbe a los apasionados por el juego de la Bolsa filatélica aprovechar las distintas fluctuaciones de la demanda para adquirir a buen precio sellos temporalmente menos requeridos y revenderlos cuando otros fenómenos los pongan en alza. Pero una cosa es operar en este sentido con tacto, paciencia y medida y otra es adquirir a lo loco todas y solamente aquellas emisiones que por causas contingentes están ya al máximo de sus cotizaciones. En este caso no se opera en la Bolsa, se juega al azar y si el resultado es malo no hay motivo para lamentarse.

De las ordenadas y reflexivas operaciones de Bolsa filatélica, llevadas a cabo por agentes expertos en los fenómenos del mercado y dotados de bases financieras que les permiten conservar el material adquirido hasta que llegue el momento favorable para deshacerse de él, sólo puede derivar el éxito para quienes las efectúan y al mismo tiempo generar ventajas a los demás filatelistas. Pero si no se poseen los requisitos mencionados es preferible no meterse en tales operaciones.

Una particular función del sello que se inserta tanto en la originaria del uso postal para la que fue creado, como en la función que él mismo ha asumido desde el punto de vista filatélico, compromete cada vez más el interés y la atención de los que atienden a su producción y a su distribución, así como de los filatelistas que lo conservan y lo comercian. El sello, especialmente en los últimos treinta años, se ha revelado como un excelente y eficaz vehículo de relaciones públicas, o sea, capaz de sensibilizar a la opinión pública, bien por las relaciones entre los filatelistas de cada parte del mundo, bien —dentro de una órbita más amplia— por las relaciones entre los distintos pueblos de la comunidad internacional.

La inscripción que se lee sobre el frontispicio del Palacio de Correos de Nueva York expresa en feliz síntesis, de romanticismo y de realidad, la eficacia con la cual el sello «símbolo de simpatía y de amor, mensajero de amigos lejanos, consolador de la soledad, elemento humano de progreso, vehículo de comercio y de industria, promotor de fraternidad, de paz y de buena voluntad entre los hombres y las naciones», consigue insertarse en las relaciones humanas.